

Lucio Sergio Catilina pertenecía á la nobleza mas antigua de Roma.

Pretendia no ceder el paso á nadie en el particular, ni aun al mismo César, y sin duda tenia derecho á esa pretension si descendia, como decia, de Sergesto, compañero de Eneas.

Lo que se sabe de cierto es, que contaba entre sus abuelos á un Sergio Silo, el cual herido veintitres veces en las guerras púnicas, habia acabado por hacer adaptar á su brazo mutilado una mano de hierro con la cual siguió combatiendo.

Eso recuerda á Goetz de Berlichingen, ese otro señor que al igual de Catilina se puso al frente de una revuelta de descamisados.

Salustio, el abogado demócrata que ha dejado los hermosos jardines que aun hoy conservan su nombre, dice, hablando de Catilina: "Era un hombre dotado de una de esas raras constituciones que pueden

soportar el hambre, la sed, el frio y la vigilia; de un espíritu audaz, astuto y fecundo en recursos; capaz de todo fingimiento y de todo disimulo; codicioso de los bienes de los demas y pródigo de los suyos; de gran elocuencia, pero poco juicioso, y que meditaba sin cesar proyectos y medidas quiméricas, imposibles."

Eso respecto á lo moral: como se vé, Salustio no lo adula.

Por lo que hace al fisico, tenia el rostro pálido é inquieto, los ojos inyectados de sangre, el paso tan pronto lento, tan pronto precipitado; en la frente, en fin, algo de esa fatalidad que Esquilo ha impreso á su Orestes en su tiempo, y Byron á su Alfredo en nuestros dias.

No se sabia con certeza la fecha de su nacimiento, pero debia tener cinco ó seis años mas que César.

En la época de Sila se habia bañado en sangre. Se contaban de él cosas inauditas que la apreciacion moderna no nos permite creer sino con reserva: se le acusaba de haber sido el amante de su hija y el asesino de su hermano, y se aseguraba que para descargarse de este último crimen habia hecho poner al muerto en la lista de los proscritos, como si su hermano se hallase aun vivo.

Teniendo motivos de odio contra Marco Gratidiano, lo arrastró,—la tradicion es quien habla, no nos-

otros,—lo arrastró, decimos, hasta la tumba de Lucio, donde empezó por arrancarle los ojos, luego le cortó la lengua, las manos y los piés, y acabó, en fin, por separar del cuerpo la cabeza, la cual llevó en seguida, con los brazos todavía llenos de sangre, á los ojos del pueblo entero, desde el monte Janículo hasta la puerta Carmental, donde se hallaba Sila.

Ademas, como si todas las acusaciones debiesen acumularse sobre él, se decia tambien que habia matado á su hijo para que no sirviese de obstáculo á su matrimonio con una cortesana que no queria tener entenados; que habia hallado el águila de plata de Mario y le hacia sacrificios humanos; que, como el gefe de la sociedad de sangre descubierta hace quince años en Liorna, ordenaba asesinatos inútiles para no perder la costumbre de matar; que los conjurados habian bebido en ruedo la sangre de un hombre degollado; que querian hacer una matanza de senadores; en fin,—y eso atañía mas directamente á la plebe,—que su intencion era pegar fuego á la ciudad por los cuatro costados.

Todo eso es muy inverosímil. El pobre Catilina parece haber sido escogido para ser el espantajo de su época.

Y ese es tambien el parecer de Napoleon. Abrase el *Memorial de Santa Elena* y véase la fecha de 22 de Marzo de 1816:

“Hoy leia el Emperador en la historia romana la conjuracion de Catilina, y no podia comprenderla tal como está escrita:—“Por mas malvado que fuera Catilina,” decia, “debia tener un objeto; no podia ser el de querer reinar en Roma, puesto que le reprochaban quererle pegar fuego por los cuatro costados.” El Emperador creia mas bien que era alguna nueva faccion por el estilo de la de Sila ó la de Mario, la cual, habiendo fracasado, habia acumulado sobre su gefe las mil acusaciones con que se les abruma en tales casos.”

Y el Emperador, con su mirada de águila, podia muy bien haber visto claro en la noche de los tiempos, del propio modo que veia á través del humo de los campos de batalla.

Como quiera que fuera, el momento era á propósito para una revolucion.

Roma se dividia en ricos y pobres, en millonarios y adeudados, en acreedores y deudores; la usura estaba á la órden del dia; el tipo legal era el cuatro por ciento al mes. Todo se compraba, desde el voto de Curion hasta el amor de Servilia. La vieja plebe romana, la raza de los soldados y de los labradores, el nervio de Roma, habia desaparecido. En la ciudad tres ó cuatro mil senadores, caballeros, usureros, directores de motines y libertos á cada paso; fuera de Roma ni un cultivador; en vez de eso esclavos; ni

un solo campo sembrado; todo era dehesas.—Se había observado que se ganaba mucho más criando puercos que alimentando hombres; Porcio Catón había hecho una fortuna enorme dedicándose á ese negocio.—Por donde quiera tracios, africanos y españoles con la cadena al pié, con la huella del látigo en la espalda, con el signo de la servidumbre en la frente. Roma ha gastado su población en conquistar el mundo, y ha cambiado el oro de la nacionalidad por el cobre de la esclavitud.

Se tienen quintas en Nápoles para aspirar las brisas del mar, en Tivoli para disfrutar de la llovizna de las cascadas, en Albano para gozar de la frescura de los árboles. Las granjas, ó, más bien, la granja general, está en Sicilia.

Catón tiene tres mil esclavos; por ahí juzgad de los demás.

Las fortunas son absurdas á fuerza de ser gigantes.

Craso posee, solo en tierras, doscientos millones de sestercios, más de ocho millones de pesos. Verres, en tres años de pretura, ha sacado doce millones á la Sicilia. Cecilio Isidoro se ha arruinado en las guerras civiles; sólo tiene unos cuantos miserables millones que va gastando unos tras otros; sin embargo, al morir, lega todavía á sus herederos cuatro mil ciento diez y seis esclavos, tres mil seiscien-

tos [pares de bueyes, veintisiete mil cabezas de ganado lanar y sesenta millones de sestercios en efectivo, esto es, cerca de tres millones de pesos. Un centurion posee diez millones de sestercios. Los reyes y los pueblos se arruinan con las exacciones de los generales; los tenientes y los procónsules de la república. Pompeyo se hace pagar, por solo Ariobórano, treinta y tres talentos mensuales, una cosa así, como treinta y dos mil pesos. Deyotaro se ve reducido á la mendicidad. Salamina no puede pagar á Bruto su acreedor; Bruto encierra el Senado y lo sitia; cinco senadores mueren de hambre; los demás pagan.

Las deudas igualan á las fortunas, es natural; preciso es que haya balance.

César, al partir como pretor para España, pide prestados á Craso cinco millones, y debía ya cincuenta más; Milon debía catorce millones cuando salió para el destierro; Curion, al venderse á César, debía doce millones; Antonio ocho.

Creemos, pues, que es un error el llamar conspiración á la de Catilina; no es ni un complot, es un hecho. Es la grande y eterna guerra del rico contra el pobre, la lucha del que no tiene nada contra el que lo tiene todo; es la cuestión que se halla en el fondo de todas las cuestiones políticas, con la cual hemos chocado nosotros los franceses en 1792 y en 1848.

Babœuf y Proudhon son Catilinas en teoría.

Así, ved quiénes están al lado de Catilina, quiénes forman su séquito, quiénes lo rodean; todos los elegantes, todos los libertinos, todos los nobles arruinados, todos los calaveras vestidos de púrpura, todos los que juegan, que se embriagan, que bailan, que mantienen mujeres de cierta clase;— ya hemos dicho que César era uno de ellos;— además, los *bravos* de la época, los gladiadores, los setembristas de Sila y de Mario, y ¿quién sabe? quizá también el pueblo.

Los caballeros, los usureros, los agiotistas y los banqueros saben eso tan perfectamente, que hacen nombrar cónsul á Ciceron; *un hombre nuevo*.

Ciceron ha contraído compromisos; aniquilará á Catilina, pues para que duerman tranquilos todos los que tienen quintas, palacios, ganados, pastos, una caja, en fin, es preciso que Catilina sea aniquilado.

Ciceron empieza el ataque presentando al Senado —Catilina es senador, téngase presente— una ley que agrega diez años de destierro á las penas impuestas á los que intriguen para alcanzar destinos.

Catilina vé el golpe; quiere discutir la ley y desliza una frase en favor de los deudores; allí era donde lo aguardaba Ciceron.

—¿Qué esperas? le dice; ¿nuevos edictos? ¿la abolicion de las deudas? Yo fijaré nuevos edictos, pero serán edictos de venta.

Catilina se arrebató y le dice á su vez:

—¿Quién eres tú para hablar así, mal aldeano de Arpinum, que has tomado á Roma por posada?

Entonces el senado entero murmura y se adhiere á Ciceron.

—Ah! exclama Catilina, ¿provocais un incendio contra mí? Bien! lo ahogaré en ruinas!

Aquellas palabras pierden á Catilina.

Ciceron llama sobre ellas la atencion de los dueños de establecimientos.

Los diputados de los alóbroges, á quienes Catilina ha tomado por confidentes, han entregado al abogado de la aristocracia el plan de la conjuracion.

Casio debe incendiar á Roma y Cetego, degollar al senado; Catilina y sus tenientes se situarán á las puertas de la ciudad y matarán á todo el que trate de huir.

Los combustibles están preparados, y quizá mañana se hallen obstruidos los acueductos.

Todo eso, sin embargo, no decide al pueblo á tomar partido por el Senado.

Caton pronuncia un largo discurso. Comprende que ha pasado ya el tiempo de invocar el patriotismo. ¡Buena está la cosa para ello! Si tal hiciera se le reirian en la cara y le llamarian mentecato.

No; Caton es de su época.

“En nombre de los dioses inmortales, dijo, os ab-

juro por vuestras quintas, por vuestras casas, por vuestras estatuas, por vuestros cuadros, objetos que siempre os han sido mas caros que la república; si quereis conservar vuestros bienes, de cualquier clase que sean, y gozar de ellos con la tranquilidad conveniente, es preciso que salgais de vuestra inercia y que os mezeleis en la cosa pública.”

El discurso de Caton impresiona á los ricos; pero eso no basta; á los pobres, á los proletarios, al pueblo es al que es necesario arrastrar tras sí.

Caton hace que el Senado distribuya trigo al pueblo por valor de siete millones, y el pueblo se adhiere al Senado. Sin embargo, si Catilina hubiera permanecido en Roma, quizá su presencia hubiera neutralizado aquella espléndida distribucion.

Pero es muy raro que el pueblo dé la razon al que abandona la partida; hay un adagio sobre el particular.

Catilina salió de Roma.

El pueblo dió la razon al Senado.

Catilina había ido á reunirse con su teniente Matio en los Apeninos; allí tenia dos legiones, esto es, diez ó doce mil hombres.

Aguardó un mes.

Todas las mañanas esperaba recibir la noticia de haber estallado el complot en Roma. La noticia que recibió fué que Ciceron había hecho estrangular á Léntulo y á Cetego, sus amigos, lo mismo que á los principales gefes del complot.

—¡Estrangular! exclamó, ¿no eran, pues, ciudadanos romanos, y no les garantizaba la vida la ley Semproniana?

Sin duda que sí; pero hé aquí el argumento de que se había valido Ciceron: “Es verdad que la ley Semproniana protege la vida de los ciudadanos; pero no es ciudadano el enemigo de la patria.”

El argumento era algo sutil; pero no en vano es uno abogado.

Los ejércitos del Senado se acercaban. Catilina vió que lo único que le restaba era morir, y resolvió hacerlo valerosamente.

Bajó de las montañas y encontró á los conservadores, como se diria hoy, en las inmediaciones de Pistoya.

El combate fué terrible; la lucha encarnizada.

Catilina combatió, no ya para vencer, sino para morir bien.

Y habiendo vivido mal, murió como bueno. Lo encontraron delante de todos los suyos, en medio de los cadáveres de los soldados muertos por su mano.

Cada uno de sus hombres cayó en el sitio en que habia peleado.

¿Acaso mueren así los ladrones, los asesinos y los incendiarios?

Creemos, pues, que Napoleon tenia razon en Santa Elena, y que debajo de todo eso hay algo que ignoramos, ó mas bien, algo que nos ha sido mal contado, y que aun no hemos podido adivinar.

Véase á continuacion el manifiesto de los rebeldes, que nos ha transmitido Salustio; quizá arroje alguna luz sobre la cuestion. Está dirigido por el gefe de los rebeldes al general del Senado.

El general del Senado es el Cavaignac de la época.

“Imperator,

“Aseguramos á los dioses y á los hombres, que si hemos tomado las armas, no es para poner en peligro la patria ni para amenazar á nuestros conciudadanos; solo queremos salvar nuestras personas. Miserables y arruinados como estamos, la rapacidad y las violencias de nuestros acreedores nos han robado á casi todos la patria, á todos la reputacion y la fortuna. Se nos niega hasta el beneficio de las antiguas leyes; no se nos permite hacer abandono completo de nuestros bienes, á fin de conservar la libertad; ¡tal y tan grande es la dureza de los usureros y de los prestamistas! Con frecuencia el antiguo Senado tuvo lástima del pueblo y alivió con sus decretos la miseria pública; en nuestro tiempo mismo se ha tenido consideracion con los patrimonios excesivamente gravados, y segun el parecer de todas las personas honradas ha sido lícito pagar en cobre lo que se debia en plata; \* frecuentemente tambien, el pueblo, impelido por deseos ambiciosos ó provocado por las injurias de los magistrados, se ha separado del Senado; pero nosotros por nuestra parte no pedimos

\* La Ley Valeria concedia esa facultad en circunstancias extremas; la deuda quedaba reducida de ese modo, á poco mas de la cuarta parte, y sin embargo no constituia lo que en nuestros dias se llamaria una quiebra.

poder ni fortuna, esas dos grandes causas de las luchas entre los hombres. No; pedimos únicamente lo que un ciudadano no consiente en perder sino con la vida. A tí y al Senado nos dirigimos, pues, suplicándoos que os compadezcáis de nuestro triste estado. Volvednos la garantía de la ley que el pretor nos niega; no nos pongáis en la necesidad de preferir la muerte á la vida que llevamos, pues nuestra muerte no tendria lugar sin venganza de nuestra parte.”

Pesad ese manifiesto, filósofos de todos los tiempos; tiene su peso en la balanza de la historia. ¿No se parece mucho á aquella divisa de los desgraciados obreros de Lyon: *Vivir trabajando, ó morir combatiendo?*

Bien decíamos, pues, hace poco, que la conspiracion de Catilina no era una conspiracion; y hé ahí por qué el peligro, por mas que diga Dion, fué real, sério, inmenso; tan inmenso, tan sério, tan real, que hizo de Ciceron un héroe de audacia y de ilegalidad.

Preciso es que Ciceron hubiese tenido mucho miedo para haberse mostrado tan valiente *aquel día*.

¿Acaso no huye cuando puede? ¿No huyó cuando Clodio fomentó un motin contra él, siete años despues?

Y sin embargo, Clodio no era un hombre de la talla de Catilina.

De vuelta á Tesalónica, Ciceron cuenta que hay

colision en el Forum. Se injurian, se escupen á la cara. “Los clodianos empiezan á escupirnos [*clodiani nostros consputare ceperunt,*] y nosotros perdemos la paciencia, añade Ciceron.—¡Pues no faltaba mas sino que no la perdiera!—“Los nuestros los atacan y los ponen en fuga; Clodio es arrojado de la tribuna; yo me eclipsó por temor de algun percance (*AC NOS QUOQUE FUGIMUS, NE QUID IN TURBA,*”). No, no somos nosotros los que le hacemos decir eso; él es quien lo dice, quien lo cuenta, quien lo escribe á su hermano Quinto en su carta de 15 de Febrero (2. II. 3.)

Ademas, si dudais, leed el discurso de Caton. Ese no es un cobarde, y sin embargo ha tenido miedo, mucho miedo, ha tenido miedo, sobre todo, y lo dice, y cree los demas deben tenerlo tambien, ¡porque César está tranquilo!

César está tranquilo, porque si Catilina vence, ha dado bastantes muestras de aprecio á la democracia para tener una parte en el botin, y si Catilina sale vencido, no habrá modo de reunir pruebas suficientes contra él para poderlo acusar. Ademas, ¿quién será capaz de atreverse á tanto? Caton tiene grandes deseos de hacerlo, y sin embargo, retrocede.

En medio de aquella borrascosa sesion, en la cual hablaron Caton y César, el primero en pró de la severidad y el segundo en pró de la clemencia, entró un esclavo y presentó un billete á César.

Caton creyó que era una carta política, la arrebató de las manos al mensajero y la leyó.

Era una tierna epístola de su hermana Servilia dirigida á César.

En seguida se la tiró á la cara, diciéndole:

—¡Toma, borracho!

César la recogió, la leyó y no contestó una palabra. La situación, en efecto, era grave y no había necesidad de complicarla con una querrela particular.

Pero si nadie osaba acusarlo públicamente, tampoco hubieran sentido que un accidente cualquiera librase de él á las gentes honradas.

En la escalinata del Senado, en el momento de ir á salir, se vió rodeado de una multitud de caballeros, de hijos de banqueros, agiotistas, usureros y publicanos que querían absolutamente deshacerse de él.

Uno de ellos, Clodio Pulcher,—el que se había dejado derrotar por los gladiadores,—le puso la espada en el pescuezo, esperando solo un gesto de Ciceron para matarlo. Ciceron le hizo seña de que lo dejara, y Clodio envainó su espada.

¡Cómo! ese mismo Clodio, que mas tarde, alma condenada de César, será el amante de Pompeya y querrá matar á Ciceron, ¿es ahora amigo de Ciceron y quiere matar á César?—Eh! diantre! sí, así pasan las cosas en la vida.

Si os parece imposible, ya os lo explicaremos mas tarde, perded cuidado, queridos lectores; no será quizá muy moral, pero será claro.

El hombre feliz, el hombre orgulloso, el hombre alto de cien codos en todo ese negocio de Catilina, es Ciceron.

Y es que Ciceron tenia mucho de Mr. Dupin, aunque Mr. Dupin tenga muy poco de Ciceron.

¿Habeis visto á Mr. Dupin al dia siguiente del advenimiento al trono del rey Luis Felipe? Si hubiera compuesto versos latinos hubiera hecho los de Ciceron; si hubiera compuesto versos franceses hubiera traducido aquellos.

Sin duda conocéis los versos de Ciceron.

*O fortunatam natam, me consule, Romam!*

Oh Roma afortunada, que has nacido bajo mi consulado!...

Pues bien, ocho dias despues Ciceron defendía á Murena, acusado de intrigar para obtener un destino, siendo así que había sido él el que había pedido diez años de destierro, como aumento de castigo, para los perpetradores de aquel delito. Despues defendió á Sila, cómplice de Catilina, cuando él mismo había hecho estrangular á los demas cómplices.

Como ya hemos dicho, fué rey de Roma por un momento.

Pompeyo estaba ausente, César eclipsado, Craso mudo.

—Es el tercer rey extranjero que tenemos, decían los romanos.

Los otros dos eran Tacio y Numa. Ambos eran de Cures; Ciceron de Arpinum.

Los tres, en efecto, eran extranjeros para Roma.

## XI

Descubierta la conspiracion de Catilina, estrangulados Léntulo y Cetego, y encontrado el cadáver del temido gefe en el campo de batalla de Pistoya, se creyó á Roma salvada.

Lo mismo sucedia en 1793 despues de cada conspiracion descubierta. Así se vió salvada Francia hasta once veces en un solo mes.

“Otra victoria como esta y soy perdido!” decia Pirro despues de la batalla de Heraclea, en la cual habia dejado la mitad de sus soldados, la mitad de sus cabalios y la mitad de sus elefantes.

Ciceron, sobre todo, era quien se figuraba que habia salvado á Roma. El triunfo lo cegaba; creia en aquella alianza del Senado y los caballeros, de la

aristocracia de nacimiento y de la aristocracia del dinero, que habia sido su sueño; pero no tardó en dudar él mismo de la duracion de aquella *paz gelatinosa*,—no hay otro modo de traducir su frase: *concordia conglutinata*.

César, por su parte, ya hemos dicho que se consideraba feliz con poder eclipsarse en aquellas circunstancias.

Al salir del Senado, en el momento que Ciceron atravesaba el Forum gritando “Han vivido,” refiriéndose á los cómplices de Catilina, varios caballeros de los que formaban su guardia se habian lanzado contra César con la espada desenvainada; pero Ciceron lo cubrió con su toga, como hemos manifestado ya.

Ciceron,—como hacia á veces el pueblo en favor del gladiador que habia combatido bien,—contestó con un signo salvador á la mirada interrogativa que le dirigieron los jóvenes. Y, en efecto, aunque César no fuera aún sino un calavera plagado de deudas, no se mataba á César como se mataba á un Léntulo ó á un Cesego; la prueba es que hubieran podido acabar con él, bien en la puerta del Senado, bien en el Forum, bien al atravesar el campo de Marte; lo prueba tambien que del propio modo hubieran podido desembarazarse de Catilina, y sin embargo no se atrevieron á verificarlo.

Nosotros, á la verdad, aunque el caso sea conta-

do por Plutarco, hemos dudado muchas veces del relato del historiador de Cheronea.

Suetonio se contenta con decir que los caballeros que estaban de guardia desenvainaron las espadas y dirigieron las puntas contra César.

Ciceron, ese gran hablador, no decía una palabra de ello en la historia de su Consulado, que se ha perdido, pero que Plutarco conocia, y Plutarco lo extraña mucho.

¿Cómo es que Ciceron, que se jacta á veces de cosas que no ha hecho, no se ha vanagloriado de esa, que dice que hizo, y que era de tanta importancia y tan honrosa para él?

Ademas, la nobleza criticó mas tarde á Ciceron el no haber aprovechado aquella oportunidad para deshacerse de César, habiendo formado una idea exagerada del afecto que le tenia el pueblo.

Sin embargo, aquel afecto era grande, muy grande, como lo prueba el suceso que tuvo lugar algunos dias despues.

Cansado César de las sordas acusaciones con que lo perseguian, se dirigió al Senado á justificarse de ellas, y en cuanto entró anunció en alta voz el motivo que allí lo llevaba.

En seguida se empeñó una violenta discusion sobre su culpabilidad ó su no culpabilidad: como la sesion se prolongase, el pueblo temió que le hubie-

sucedido alguna desgracia, y rodeó la sala dando gritos y pidiendo que le devolviesen á César.

Por eso fué por lo que Caton, temiendo á su vez un movimiento de parte de los pobres, ó, mejor dicho, de los que tenían hambre, los cuales, segun Plutarco, fundaban en César todas sus esperanzas, solicitó y obtuvo del Senado aquella famosa distribucion de trigo, que debia costar cada vez una cosa así como dos millones de pesos.

César vió entonces que necesitaba un nuevo apoyo, y se hizo inscribir en la lista de los que solicitaban el cargo de pretor.

Ya hemos dicho arriba cómo se hacia carrera en Roma.

Todo jóven de buena familia estudiaba leyes con un jurisconsulto y elocuencia con un retórico. La vida romana era pública; pertenecia á la patria; se defendia ó se atacaba al gobierno con la palabra ó con la espada. Se firmaba como en América: "abogado y general."

Para hacerse conocer se denunciaba un procónsul: habia en eso cierta grandeza; se tomaba el partido de un pueblo contra un hombre.

César hizo eso.

Acusó de nuevo á Dolabela y despues á Publio Antonio. Fracasó en su empresa contra aquel, como ya hemos dicho, y tuvo que salir de Roma; pero ata-

có en Grecia al segundo, ante Marco Lúculo, pretor de Macedonia, y lo hizo con tal éxito, que Plubio Antonio, temiendo ser condenado, apeló á los tribunales del pueblo, so pretexto de que no podía obtener justicia en Grecia contra los griegos.

“En Roma, dice Plutarco, su elocuencia en los tribunales le hizo alcanzar un favor inmenso.”

Siendo ya uno conocido del modo que hemos indicado, se solicitaba la edilidad.

La edilidad era, sobre poco mas ó menos, lo que hoy un corregimiento.

Ved las elecciones inglesas con sus *hus tings*, sus *meetings*, sus *boxings* y sus acusaciones de *bribery*; son en pequeño lo que las elecciones de Roma en grande.

Ademas, habia en Roma lo que no se ha osado hacer todavía ni en Francia ni en Inglaterra; un MANUAL DEL CANDIDATO. El que nosotros hemos visto es del año 688 de Roma, y está firmado: *Q. Ciceró*.—No confundirlo con Marco Julio; Quinto no es mas que el hermano de un grande hombre.

Llegado el momento, el candidato se ponía una túnica blanca, símbolo de la pureza de su alma,—*candidatus*, que quiere decir blanqueado y blanco al mismo tiempo. Después hacia sus visitas: primero á los senadores y magistrados; luego á las personas

ricas y á los caballeros; mas tarde á los nobles, y en fin al pueblo.

El pueblo se hallaba reunido en el Campo de Marte; los trescientos ó cuatrocientos mil votantes estaban allí esperando á los candidatos.

Estos se presentaban seguidos de sus amigos.

Mientras los candidatos intrigaban por un lado, los amigos intrigaban por otro.

El candidato tenia su *nomenclator* que le decia en voz baja el nombre y la profesion de las personas á quienes dirigia la palabra.

¿Recordais todas las ternezas que hace D. Juan á Mr. Dimanche cuando quiere sacarle dinero? Pues figuraos esa escena repetida cien veces en el mismo dia. La forma es diferente, pero el fondo el mismo.

Desde dos años antes ha estado el candidato halagando al pueblo: ha celebrado juegos; ha comprado y hecho comprar á sus amigos porcion de localidades en los circos y anfiteatros, y las ha repartido gratuitamente; ha hecho asistir de ese modo á los espectáculos á tribus enteras, y en particular á la suya; ha dado, en fin, festines públicos, no solo delante de su puerta, no solo en su tribu, no solo en barrios distintos, sino en todas las tribus á la vez, y eso frecuentemente.

Ciceron citaba como una cosa extraordinaria que

Lucio Filipo hubiese llegado á las dignidades sin haber empleado ese último medio.

En cambio, Tuberon, nieto de Paulo Emilio y sobrino de Escipion el Africano, habia fracasado en su solicitud á la pretura, porque al ofrecer una comida al pueblo habia hecho preparar lechós de figura comun y los habia cubierto con pieles de chivo en vez de verificarlo con otras de alto precio.

Ved si era sibarita el pueblo romano, que no solo queria comer bien, sino que queria hacerlo rica y cómodamente acostado.

Muchos candidatos emprendian viajes á las provincias para recoger sufragios en los municipios que tenian derecho de votar.

Patérculo cita un ciudadano que cada vez que habia un incendio en Roma ó sus alrededores, enviaba á sus esclavos á apagarlo; el medio era tan nuevo, que el que lo inventó no solo fué nombrado edil, sino hasta pretor. Desgraciadamente Patérculo olvida decir el nombre de ese filántropo.

Por regla general la eleccion era algo cara; nadie era nombrado edil por menos de un millon, ni pretor por menos de millon y medio ó dos millones; pero por ser pretor se sacrificaba todo.

En efecto, la pretura era el vireinato de una provincia.

Y tened presente que una provincia de aquel tiempo era un reino de hoy.

Ahora bien, en ese reino, cuyo absoluto gobierno se tenia por cuatro ó cinco años, cuyo territorio se ocupaba con un ejército, de cuyo dinero se disponia, sobre cuyos habitantes se tenia derecho de vida y muerte, era adonde se daba cita á los acreedores; en el se reponian las fortunas mas quebrantadas, se formaban bibliotecas, se hacian colecciones de cuadros y galerías de estatuas; allí era, en fin, adonde se convocaba á los tenedores de documentos y á los escribanos, y casi siempre se arreglaban todos los negocios á satisfaccion de ambas partes.

Algunas veces, sin embargo, cuando la provincia estaba arruinada, cuando se sucedia á un Dolabela ó á un Verres, ó bien cuando no se tenia seguridad en la moralidad del deudor, los acreedores se oponian á la partida.

Nombrado César pretor en España, en el momento de salir para allá halló reunida en su puerta tal nube de acreedores, que se vió obligado á mandar á buscar á Craso.

Craso, que veia á Catilina muerto, que preveia que Ciceron no podria mantenerse en su puesto mucho tiempo, y que no podia perdonar á Pompeyo su asunto de los gladiadores, comprendió que el porvenir estaba entre Pompeyo y César, y pensó que un

préstamo hecho á este último, le produciría algun día un buen interes. Garantizó, pues, á César por cinco millones, y César pudo partir para España.

Antes de pasar adelante, debemos decir una cosa que fué quizá la causa principal de ese extraño préstamo de parte de un hombre tan avaro como Craso: César era el amante de su mujer Tertulia. Bajo el punto de vista moderno, eso rebaja en cierto modo á César, pero César no era muy escrupuloso que digamos.

Dirigiéndose á España, al atravesar una pequeña aldea de la Galia Cisalpina, fué cuando César pronunció estas bonitas palabras:

—Quisiera ser mejor el primero aquí que el segundo en Roma.

En efecto, en Roma, al lado de aquellos poderes reales conquistados con la espada ó con la elocuencia, al lado de Pompeyo y de Ciceron, habia lo que se llamaba los siete tiranos; estos eran los publicanos, los usureros, los prestamistas por semana, á saber, los dos Lúculo, Metelo, Hortensio, Filipo, Cátulo y Craso.

Este último tenia afan de ser algo mas que uno de los siete tiranos; ansiaba ser uno de los tres.

Veia en el porvenir un triunvirato: Pompeyo, la victoria; César, la fortuna, él, el dinero.

Ya tendremos lugar de observar si Craso leyó ó no con claridad en el porvenir.

Al cabo de un año volvió César de España.

¿Qué habia hecho allí? Nada se sabe.

Nadie lo acusó; pero pagó todas sus deudas sin necesitar entonces que nadie le prestase un óvolo para ello.

Suetonio agrega tambien:

“Saqueó varias ciudades de la Lusitania, sin embargo de que no le hicieron resistencia alguna y de que le abrieron en seguida las puertas.”

A su vuelta á Roma, César halló allí á Pompeyo.

Esos dos grandes rivales estaban, pues, frente á frente.

Veamos lo que habia sido de Pompeyo desde que lo abandonamos despues de su triunfo sobre los gladiadores.